

EL IDEAL MODERNO

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES Y GENERALES.— Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Noticias y Anuncios.

Año I.

MATARÓ.—Sábado 24 de Setiembre de 1881.

Núm. 8

PRECIOS DE SUSCRICION

En toda España, al mes. 1 pta.
En el extranjero. 2'50

PUNTOS DE SUSCRICION

MATARÓ, en la Administracion, calle de S. José, núm. 34.—

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Para los suscritores á precios convencionales. Para los no suscritos á 25 céntimos la línea de los anuncios, y á 50 céntimos la de los remitidos.

¡OJO A LA GANGA! (Véase el anuncio).

EL MOTIN. — Periódico político-satírico que se publica en Madrid. — Hállase de venta todos los días en la imprenta de este periódico.

LA CORRESPONDENCIA CATALANA. Periódico democrático. — Suscripcion 16 rs. trimestre.

LA VANGUARDIA. Órgano del partido constitucional. Suscripcion 22 rs. trimestre.

Suscribese á los indicados periódicos, en la calle de S. José 34.

APRENDIZ. Se necesita uno en la imprenta de este periódico.

Véase en la página de anuncios las Bombas de J. Moret y Broquet de París.

INDICACIONES Y BOSQUEJOS

EL UNIVERSO.

III.

Si pues, el hombre primitivo, por el pequeño desarrollo de su inteligencia, no se impresionaba, no observa, no compara, no forma conceptos, y no deduce, por consiguiente; si su vida está, en justa proporción, limitada á satisfacer las necesidades que la Naturaleza ha dado á todos los seres; no sucede ya lo mismo al hombre del 2.º grado hominal. En éste, sus formas difieren suficientemente de las del mono para no poderlos confundir. Sabe construirse rústicas chozas con que librarse de la acción inmediata de la atmósfera; ha encontrado medios con que remediar los principales inconvenientes de la desnudez; no contento de alimentarse exclusivamente de vegetales, ha ideado el modo de apoderarse de los animales, así terrestres como acuáticos; y ha sabido producir el fuego. Pero tantos adelantos como ha realizado, en comparación con el hombre primitivo, ó del primer grado hominal, solo se refieren á la conservación de la vida animal. Las impresiones que recibe, apenas despiertan en él la reflexión y la deducción: es en una palabra, el verdadero salvaje que todos los viajeros describen y consideran ser el hombre más inferior; apesar de no serlo, según hemos visto.

Inmediatamente después del verdadero salvaje, puede observarse otro ú otros grupos que podríanse clasificar en el tercer grado hominal, los cuales más impresionables, reflexivos y deductivos que aquel, comprendiendo la necesidad de vivir en

sociedad con sus semejantes, constituyese en cierta manera, en tribus ó pueblos, cuya dirección y gobierno, confiados generalmente al más robusto y osado, ofrecen el aspecto que hubieron de presentar los primeros hombres al fundar las sociedades primitivas, y al entrar en la senda de la civilización. En algunas islas de la Polinesia, en Australia, y en varios paises del Africa y de América se producen los hombres del tercer grado hominal. Estos hombres se han fijado ya, un poco, en los fenómenos de la Naturaleza. Han observado que al sol deben la luz y el calor; que, bajo su influencia, las plantas crecen y producen los frutos; y por consiguiente han formado del Sol un concepto tan favorable y elevado, que lo consideran, con evidente justicia, la causa inmediata de todo el bien de que gozan; por lo cual, personificándolo y convirtiéndolo su inculta imaginación, en un ser benéfico, amigo del hombre y superior á él, le prestan adoración; pídenle que no les abandone nunca; que siempre les proteja, haciendo producir frutos á las plantas, animales á los bosques, y peces al mar. Por esto, cuando ocurre algún eclipse solar, se ve á los salvajes arrojar de bruces al suelo, y elevar fervientes súplicas al Sol para que no les abandone. Como se ve, la imaginación de esos salvajes ha convertido al Sol en Dios; del mismo modo y por las mismas causas que también lo idearon las salvajes naciones antiguas, que todas, sin escepción, fueron adoradoras del Sol. Las ideas religiosas ó teológicas de los salvajes actuales, no paran aquí. En el Sol ven muchos al Dios del día; pero la Luna es para ellos el Dios de la noche; y las estrellas y planetas más vistosos son deidades también; pero les atribuyen otras cualidades que á la Luna y al Sol, con mil supersticiones extravagantes. Las tempestades, los huracanes, las inundaciones, los terremotos, las sequías, las fieras, las enfermedades, todos los males, en una palabra, provienen de ciertas estrellas y de Divinidades invisibles, enemigas del dios Sol y del dios Luna, que á los hombres protegidos por estos, se complacen en perjudicar.

¿No fueron estas mismas las primeras creencias religiosas de nuestros remotos antepasados?

¿Al adorar al Sol y á la Luna como dioses del bien ¿no adoraron también á los dioses del mal, tan imaginarios como la divinidad de los otros?

¿Acaso los primeros hombres, lo mismo que los salvajes actuales, no fueron fetichistas, ó sea adoradores de objetos materiales, animados é inanimados, por suponer á tales objetos virtudes misteriosas, comunicadas por las divinidades buenas y por las divinidades malas?

No nos detendremos en citar la multitud de autores que, al referir viajes, detallan minuciosamente las

costumbres y las religiones de los salvajes actuales; ni tampoco los modernos orientalistas que han logrado, con grandes esfuerzos y constancia, levantar el tupido velo que hasta aquí ocultó las sorprendentes legislaciones que se hallan en los libros sagrados de la India; en las crónicas de las naciones antiquísimas del Asia; y en las lápidas de barro que del subsuelo oriental van brotando para ilustrarnos en los misterios del pasado; porque sería preciso continuar un larguísimo catálogo de nombres, á cual más ilustre; y aquí solo nos proponemos hacer una sucinta indicación más que exposición, de hechos, para fundar las comparaciones que intentamos hacer, y las deducciones lógicas que de los mismos pueden originarse.

El lector curioso encontrará la confirmación de nuestros asertos, con gran copia de interesantes detalles, en las obras de viajes, en las de los orientalistas, en las historias de Egipto, Pérsia, India, Roma y Grecia, en las obras de Duménil acerca el origen de los cultos, y en mil otra, de fortuna, vulgarizadas.

Pero dejemos por un momento al salvaje fetichista y adorador del Sol y de la Luna, para ocuparnos ligeramente del grupo humano que le es un poco superior en la escala del progreso, y en él podremos hacer observaciones tan interesantes como trascendentales. En efecto, le vemos también idólatra del Sol; fetichista; creyente en imaginarios Dioses buenos y Dioses malos; obedeciendo á un Gefe Supremo; más también con una naciente administración pública; con un ejército á la disposición del Gefe Supremo, con una legislación incipiente, en fin.

Pero en este grado de civilización, se halla en los pueblos antiguos y actuales, el sacerdocio establecido con tanta influencia y poder que comparte la dirección del Estado, con el Gefe Supremo; y éste, muy amenudo, y contra su voluntad, se ve precisado á seguir las indicaciones sacerdotales.

Compréndese muy bien que el origen del Gefe Supremo, haya sido primero la elección de la mayoría, y que después, él mismo, de electivo, haya convertido su poder en monárquico y hereditario, empleando para ello, los medios ominosos, por los cuales en nuestros tiempos hemos visto un Presidente de República, hacerse proclamar Emperador. Compréndese asimismo, que elevado al más alto destino, el que empezó por ser Gefe electivo, caiga en los desvarios de la vanidad, en las locuras del orgullo y en todos los pecados de la soberbia; que en tan deplorable estado moral, convierta sus súbditos en esclavos y en objeto de sus más degradantes caprichos; que se rodee de cuanto fausto el sibiritismo más refinado le sugiera; que, en una palabra, acabe por ser un abominable tirano, y se goze en el tormento, en las agonías y en la

muerte de sus desgraciados súbditos. Pero ¿de dónde han salido esos hombres que se hacen llamar sacerdotes; que engañan á las gentes titulándose representantes del Sol, ó de Dios; que se dicen inspirados por Dios mismo; que han osado y logrado imponerse con frecuencia á la voluntad del Gefe del naciente Estado; y que, finalmente, han tenido la maña de hacer que el pueblo, á sus costas, levante templos suntuosos, y en ellos acaparan las riquezas de todos con el pretexto de adorar á las imágenes de los falsos Dioses, el Sol, la Luna, los Astros y demás divinidades? ¿De dónde han salido esos hombres que viven de embrutecer con supersticiones y fábulas la inteligencia de sus semejantes? Preciso es que la Naturaleza, en medio de los pueblos, haya producido siempre una casta especial de hombres, en apariencia iguales á los demás, pero distintos en sentimientos é inclinaciones. Y en efecto, esta casta de hombres existe. La Naturaleza los produce, como produce pintores, matemáticos, etc.

El sacerdote, en todos los tiempos y lugares, ha de haber nacido con las condiciones necesarias para serlo, y formar parte de la fracción de la humanidad llamada *Casta Sacerdotal*. Si no fuese el Sacerdote un producto especial de la Naturaleza, nunca hubiera existido, y tal vez desde muchos siglos habría desaparecido si no estuviese siempre al lado del Príncipe, para ayudarle á oprimir á los pueblos y para mejor explotarlos de comun acuerdo y utilidad; el Príncipe, con las armas que pone en manos de hombres-máquinas; el Sacerdote amenazando con la ira de Dios y fingiendo milagros que la ignorancia general acepta por verdaderos, como aceptó los Dioses.

Con pocas líneas é incidentalmente, hemos podido bosquejar el origen de las tres instituciones más preponderantes en la historia de la humanidad, cuales son: la Monarquía, que si en sus albores hubo de ser electiva, más tarde se convirtió en hereditaria y despótica; La Religión, nacida de la ignorancia de los hombres, que tomando por realidades las ilusiones de sus sentidos, inventaron al Dios del bien y su corte, personificando los objetos más vistosos de la Naturaleza; y al Dios del mal con sus secuaces, personificando también astros, fenómenos naturales y seres fantásticos engendrados en su imaginación infantil; y finalmente el sacerdocio, basado en los errores religiosos de los hombres, y contribuyendo á sostenerlos y aumentarlos, para prosperar á costa de los ilusos.

Después de dejar sentadas tan terminantes conclusiones, que nadie podrá, con sólidas ni bien fundadas razones, contradecir, podemos tratar someramente del Universo, sin perjuicio de utilizarlas luego.

Jose Escobal